

LA QUERRELLA ENTRE CLÁSICOS Y ROMÁNTICOS.
POLÉMICAS Y “RENCILLAS DE ESCUELA”
EN EL RÍO DE LA PLATA

Luis Marcelo MARTINO*

*La polémica es una guerra verbal
(cuyas armas son las palabras),
que implica exterminar simbólicamente al otro.*

CATHERINE KERBRAT-ORECCHIONI

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Durante la primera mitad del siglo XIX se registran en el Río de la Plata —como ecos y reflejos de un fenómeno europeo— una serie de debates entre dos posturas estéticas: el (neo)clasicismo y el romanticismo. Cabe aclarar que estas posturas no son siempre intransigentes y clausuradas. Muy por el contrario, están atravesadas por fisuras, matices y ambigüedades, que les confieren tonalidades propias. Estas polémicas involucran actores y agentes diversos, sean letrados reconocidos o anónimos lectores e ignotos asistentes al teatro que se animan a enviar su opinión a un diario. Las batallas se despliegan tanto en el ámbito privado, a través de cartas personales, como en el público, por medio de intervenciones en periódicos, sea como redactores, colaboradores o simples lectores.

Nuestro trabajo se propone analizar las modalidades de la querrela entre clásicos y románticos en el Río de la Plata, con particular atención al tratamiento que les ha brindado la crítica literaria: los criterios empleados para determinar si se trata o no de una polémica, la importancia acordada a los distintos episodios, la indiferencia, omisiones y descuidos a la hora de considerar algunos

* Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, Argentina, e Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

casos. Cabe aclarar que nos centraremos particularmente en la década de 1830 —hasta los primeros años del decenio siguiente, aproximadamente—, período en el que se registra la mayoría de los debates entre clásicos y románticos locales, tal como han constatado investigaciones precedentes. Debemos aclarar que no es nuestra intención enumerar ni describir de manera exhaustiva las polémicas del período señalado. Tampoco nos proponemos exponer ni discutir las características y rasgos específicos de las escuelas estéticas implicadas, ni la existencia (o ausencia) de diferencias insalvables entre ellas, ni el grado de mezcla o combinación de dichos rasgos en los distintos letrados. Tampoco nos interesa establecer la legitimidad que revisten las realizaciones locales de dichas corrientes con respecto a sus referentes europeos. Una buena parte de la crítica literaria se ha encargado de problematizar estas cuestiones. En este sentido, conviene recordar la afirmación de Raúl H. Castagnino, quien descubre —en referencia a la reacción del “ambiente porteño” frente a la penetración romántica— “dos nítidas tendencias, nacidas de la formación diversa de los espectadores, en cuanto una congregaba a impermeables pseudoclásicos y a herederos de la educación teocrática colonial, otra a la “nueva sensibilidad”.¹ A renglón seguido, no obstante, el crítico denuncia la “arbitrariedad y ligereza” con la que se han identificado ambas orientaciones “bajo los consabidos rótulos de clásicos y románticos” (1959: s/p). Suscribimos, asimismo, la postura de Guadalupe Correa Chiarotti, quien ha planteado más recientemente la necesidad de que la crítica reflexione sobre la validez de dichos rótulos: “¿por qué no revisar la tajante división que se interpone entre una y otra escuela? Sin duda reducir a esquemas agiliza la percepción de una época compleja, lo cual no debe precipitar el juicio a divisiones manidas, a clasificaciones sumarias” (2015: 73).

Por otra parte, somos partidarios —así como otras(os) estudiosas(os)— de considerar como textos constituyentes de las polémicas las cartas y escritos privados. Somos conscientes de que este criterio expande y complejiza significativamente el panorama, ya que muchas cartas no se conservaron o bien no se localizaron hasta el momento, lo que dificulta la reconstrucción plena de los debates. En este sentido, nuestra propuesta concibe las polémicas como objetos dinámicos y no clausurados de manera definitiva, que establecen conexiones entre sí y que exigen de la crítica literaria una actitud igualmente abierta. Abogamos, en este sentido, por un abordaje más complejo de este insoslayable fenómeno.

¹ La categoría de “pseudoclásico” es empleada también por Ricardo Rojas (1957a: 257) y Arturo Berenguer Carisomo (1971: 9), para caracterizar a Juan Cruz Varela.

¿QUÉ ES UNA POLÉMICA?

Los estudios dedicados al análisis del discurso y la argumentación han producido interesantes reflexiones en torno a la polémica, tendientes a establecer su especificidad y rasgos constitutivos. Tanto Catherine Kerbrat-Orecchioni (2016: 97) como Ruth Amossy (2016: 26) parten de la etimología del término, derivado del griego *polemos* (“guerra”), para destacar el carácter de choque y enfrentamiento entre bandos antagónicos. Para Amossy, el discurso polémico es “una confrontación de opiniones, donde la confrontación es, a la vez, la acción de hacer presentes (dos) discursos [...] y una confrontación en cuyo seno cada uno lucha por asegurar la supremacía de su propia posición” (2016: 26). Esta “divergencia de opiniones” deriva en “un intercambio agonal entre adversarios” (26). Para arribar a esta definición, Amossy recurre en parte al *Trésor de la Langue Française*, que caracteriza a la polémica en los términos de “un debate que permite a cada uno exponer y defender su punto de vista, frente a los puntos de vista comparados de los otros participantes” (citado en Amossy, 2016: 26). Cabe destacar que el término “debate” y otros semejantes han sido empleados habitualmente como sinónimos de “polémica”. Christian Plantin acude a una “definición provisoria y mínima” del *Petit Robert*: “Debate escrito violento o agresivo => controversia, debate, discusión” (citado en Plantin, 2016: 67).

Más allá de esta asimilación, Amossy distingue una gradación en el *continuum* de la argumentación, en función de la fuerza e intensidad de la “confrontación verbal”. En el centro de dicho *continuum* “se sitúa la gestión razonada de discursos que se oponen en relación a una cuestión controvertida, oposición que puede tomar la forma de un debate, de una discusión e incluso de una negociación” (2016: 26). La polémica, en tanto “choque ostentoso entre posiciones antagonistas”, se ubicaría en uno de los polos (26). Como señala Amossy, la polémica no sería la negación del debate sino su paroxismo (26).

Dominique Maingueneau, a su vez, parte en su investigación² de la asimilación entre polémica y controversia, en el sentido que Marcelo Dascal define este último término: como polémicas “largas, inconclusivas, reciclables en el curso de la historia, [...] polémicas que tocan inmediatamente los fundamentos, que ponen en juego una diferencia profunda” (2016: 56).

Amossy caracteriza la especificidad de la polémica en el campo de la argumentación a partir de tres rasgos o “procedimientos constitutivos”: “la dicotomización, la polarización y el descrédito hacia el otro” (2016: 27). La dicotomización

² En el estudio citado en este trabajo, Maingueneau analiza concretamente la polémica entre el humanismo devoto y el jansenismo en la Francia del siglo XVII.

consiste en la exclusión mutua de dos “opciones antitéticas”. Amossy recurre en este punto a Marcelo Dascal, quien define este rasgo como la radicalización de “una polaridad acentuando la incompatibilidad de los polos y la inexistencia de alternativas intermedias, subrayando tanto el carácter evidente de la dicotomía como el polo favorable” (27). Dascal resalta el hecho de que “en las prácticas corrientes nos encontramos menos con dicotomías lógicas que con construcciones dicotómicas al servicio de objetivos argumentativos” (27).

En este sentido, nos resulta interesante la propuesta de Maingueneau de abordar el discurso polémico tomando como “unidad de análisis pertinente” no “cada posicionamiento considerado en sí mismo (una ‘formación discursiva’, una ‘doctrina’, etc.) sino el interdiscurso a través del cual estos se constituyen y se mantienen en un campo discursivo determinado” (2016: 56). Maingueneau propone el término “interincomprensión” para denominar el fenómeno interdiscursivo por medio del cual “cada uno de los posicionamientos se construye de manera regular a partir del otro [...] y cada enunciado producido por uno es ‘traducible’ en las categorías de aquel otro” (56-57). Los adversarios, por lo tanto, “Están condenados a entrar en conflicto, porque se constituyen recíprocamente” (57).

La operación abstracta de la dicotomización —esa exacerbación de “las oposiciones hasta volverlas inconciliables” (2016: 28)— va acompañada con frecuencia de la polarización, que “efectúa agrupamientos en campos adversos: no es puramente de orden conceptual, sino social” (28). Siguiendo a Andrew King y Floyd Douglas Anderson, Amossy caracteriza este procedimiento como el establecimiento de campos enemigos, a partir de la delimitación de “un ‘nosotros’ frente a un ‘ellos’” (28). Estos campos compartirían una “gran solidaridad con respecto a los valores que el argumentador considera fundamentales” (28).

La consolidación de la identidad de cada grupo se refuerza por medio de una estrategia de presentación peyorativa y de desacreditación del grupo adverso, a quien se convierte en “símbolo del error y del mal” (Amossy, 2016: 28). Esta estrategia “se añade a la refutación, que es inherente a la palabra polémica en su vertiente argumentativa” (2016: 28). En este punto, Amossy cita a Marc Angenot, quien sostiene que la palabra polémica “supone un *contra-discurso antagónico*”, que consta de dos estrategias: la demostración de la propia tesis y la refutación y descalificación de la tesis adversa (28). En la polémica, sin embargo, a la “argumentación por el *logos*” se suma la desacreditación del “*ethos* del adversario para minar la confianza que puede acordársele” (28-29).

Amossy señala, por último, que “la pasión y la violencia verbal”, si bien son rasgos frecuentes en la polémica, debido a su carácter hiperbólico y a “su tendencia a las oposiciones absolutas e inconciliables”, no constituyen

elementos necesarios ni definitorios de la misma, sino más bien subsidiarios: “puede haber polémica sin una manifestación particular del *pathos*, incluso sin violencia verbal como insultos, groserías, etc.” (29).

Kerbrat-Orecchioni, por su parte, también hace hincapié en la desacreditación del oponente. Lo que definiría un texto como polémico sería el hecho de que “el conjunto de sus propiedades semánticas, retóricas, enunciativas y argumentativas se encuentra al servicio de un objetivo pragmático dominante: descalificar al objeto que toma como blanco, y destruir, e incluso dar muerte, al adversario discursivo” (2016: 97). A partir de un estudio de la definiciones de la palabra “polémica”, la autora distingue los siguientes rasgos: ataque a un blanco, “que encarna o ha encarnado un discurso adverso” y un enunciado que “integra y rechaza en términos más o menos agresivos” (97). Esta integración y este rechazo apuntarían al procedimiento de la polarización, señalado por Amossy.

A continuación, Kerbrat-Orecchioni restringe su definición:

La polémica adopta entonces una forma *dialogal* (dos interlocutores se encuentran en presencia del otro para intercambiar un discurso que construyen conjuntamente) y ya no solo *dialógica* (un solo locutor/escritor convoca, en su propio discurso, la palabra del adversario para refutarla, pero sin dejar de erigirse en el único organizador de esa polifonía enunciativa) (2016: 98).³

Por el contrario, Maingueneau resta importancia a “la distinción entre enunciados abiertamente polémicos y enunciados no polémicos, incluso sin referencia a un posicionamiento opuesto”, puesto que “Todo enunciado, desde el momento en que remite al modelo de un posicionamiento P1, es *ipso facto* el rechazo de un enunciado correlativo que remitiría a un posicionamiento P2” (2016: 57).

Estas reflexiones teóricas constituyen nuestro punto de partida para el abordaje de las polémicas entre clasicismo y romanticismo en el Río de la Plata. Resulta necesario, no obstante, explicitar algunas precisiones. En primer lugar, deseamos aclarar que —si bien somos conscientes de las distinciones señaladas por la crítica— hemos optado por emplear indistintamente en nuestro trabajo, como sinónimos, los términos afines mencionados más arriba: controversia, debate, polémica. Esta decisión operativa no implica, no obstante, el desconocimiento de las particularidades de las distintas confrontaciones que analizaremos y las eventuales diferencias entre ellas, que señalaremos oportunamente.

Con respecto al material que integra nuestro *corpus*, consideraremos dentro de la categoría de polémicas en sentido estricto, es decir, aquellas interacciones

³ Las cursivas pertenecen al original.

que revisten una forma dialogada y constan de un texto —sea original o reproducido— que les sirve de punto de partida y de al menos, un texto de réplica o respuesta. No obstante, coincidimos con Maingueneau en la importancia acordada a aquellos enunciados no abiertamente polémicos (en apariencia), que dejan entrever un posicionamiento y remiten implícitamente a otro antagónico. Existe una infinidad de escritos de la época (y posteriores) —ensayos, artículos periodísticos originales o reproducidos, memorias, autobiografías— que ponen de manifiesto la tensión entre clásicos y románticos y escenifican su enfrentamiento, pero que, hasta donde nos consta, no provocaron réplicas ni reacciones directas que permitieran la articulación de un diálogo explícito con otra(s) intervencione(s). Estos textos podrían ser considerados como polémicas implícitas o bien indicios de polémicas, en tanto se hacen eco de —y remiten a— posturas y afirmaciones presentes en el campo literario. Textos con una fuerte marca dialógica —sin ser dialogados— que, podría decirse, fueron producidos o reproducidos con el propósito de intervenir en el debate del momento, tal vez esperando una respuesta que nunca llegó, o que quizás sí llegó pero que todavía no salió a la luz. En este sentido, se trataría de polémicas potenciales o semillas de polémicas que, aparentemente, no germinaron.

Dentro de esta categoría incluiremos aquellos textos que relatan el desarrollo de los enfrentamientos verbales y los términos en que éstos son concebidos, revelando los rótulos y epítetos empleados por los diferentes bandos para caracterizar a su adversario. En algunos casos, estos textos reflexionan sobre las implicancias de una u otra corriente estética, mediante el planteo de teorías sobre el funcionamiento de la literatura y el arte en la sociedad. Se trata, en definitiva, de enunciados que toman como objeto la polémica entre clásicos y románticos —en singular— o algunos de sus capítulos; que emplean una retórica de combate para poner en escena, a veces de modo irónico, a veces seria y doctrinariamente, los enfrentamientos explícitos. Consideraremos, además, algunos textos producidos con posterioridad al momento en que tuvieron lugar las polémicas en cuestión, y que constituyen un testimonio de las mismas. Memorias, biografías, “ojeadas retrospectivas” —tal es el título de la obra de Echeverría— ofrecen valiosa información para reconstruir e interpretar las interacciones polémicas, para caracterizar a los contendientes y recuperar el tono de las discusiones.

LAS PRIMERAS POLÉMICAS (Y LAS VERDADERAS)

La crítica y la historiografía literarias se han aproximado a las polémicas entre clásicos y románticos rioplatenses de diversas maneras: a veces inci-

dentalmente, a través de menciones escuetas en historias de la literatura o en estudios biográficos sobre algún escritor de relevancia; a veces dedicándoles un poco más de atención, en obras monográficas sobre el romanticismo. El descubrimiento de la primera polémica constituye una preocupación y una tarea ingrata que se atribuye en ocasiones la crítica, y que corre paralela al afán de dilucidar el ingreso de tal o cual corriente estética al sistema literario local o de encontrar al primer letrado o escritor que cultivó un género determinado o incorporó en sus obras procedimientos hasta entonces novedosos. El título de un breve folleto, *El Telégrafo Mercantil y una primera polémica literaria argentina*, de Pablo E. Palermo —si bien no concierne al romanticismo ni a la época que nos ocupa— es elocuente en este sentido, aunque merece destacarse la cautela del autor al emplear el pronombre indefinido en lugar del artículo “la”. Por nuestra parte, consideramos que se trata de una preocupación que en ocasiones ha derivado en valiosos hallazgos y que ha contribuido al avance de las investigaciones, del mismo modo en que las utopías nos ayudan a caminar, alejándose con el horizonte, al decir de Eduardo Galeano. No obstante, predicamos una actitud cauta a la hora de realizar afirmaciones categóricas.

Alberto Palcos establece un ¿primer? mojón en el terreno que nos ocupa. En su biografía de Esteban Echeverría —a quien caracteriza como el “padre del romanticismo hispanoamericano”— afirma que “También en estas latitudes se asiste a la lid entre clásicos y románticos”, cuyo “primer encuentro se desarrolla entre bastidores, privado de resonancias públicas” (1960: 39). Se trata, según Palcos, del intercambio epistolar entre Florencio Varela y Juan María Gutiérrez en marzo de 1834. En realidad, el biógrafo de Echeverría sólo menciona la carta de Varela del 15 de marzo.⁴ No considera otra carta suya del 28 de mayo del mismo año, donde éste hace alusión a la respuesta de Gutiérrez —escrita el 23 de marzo, según deja constancia Varela— a aquella epístola del 15 de marzo.⁵ La carta de Gutiérrez, lamentablemente, no se conserva, pero es posible reconstruir el intercambio, tomando las precauciones necesarias, a partir de las epístolas de Varela, quien recupera las opiniones de su amigo antes de plantear sus objeciones. En su carta de marzo, Florencio le transmite a Gutiérrez sus impresiones de la lectura de *María Tudor*, de Víctor Hugo, y su preocupación por la propagación del romanticismo (Moglia y García, 1979: 171-172). Gutiérrez, si nos atenemos a la paráfrasis que hace Varela de sus palabras, habría criticado al clasicismo. En su contraataque (carta del 28 de mayo), Florencio

⁴ Palcos se refiere también a una epístola posterior de Varela, fechada en enero de 1835 (1960: 40).

⁵ Las epístolas —conservadas en la Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina— fueron recogidas y publicadas por Raúl J. Moglia y Miguel O. García (1979: 170-177).

se refiere al romanticismo como una “fiebre contagiosa” pasajera, y refuta el cuestionamiento de Gutiérrez a los neoclásicos (175).

Tras ocuparse brevemente de este “primer encuentro”, Palcos da un salto hacia adelante de varios años para referirse —de manera más bien vaga— a “otra batalla en pro del romanticismo”, librada en Chile por Domingo F. Sarmiento y Vicente Fidel López (1960: 41). Esta batalla tuvo lugar entre mayo y agosto de 1842, aproximadamente, e intervinieron, además de los letrados argentinos mencionados, Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejo (“Jotabèche”) y Antonio García Reyes, entre otros. La contienda se originó a raíz de la publicación del artículo de López titulado “Clasicismo y romanticismo”, y se desplegó en las páginas de diversos periódicos: *Revista de Valparaíso*, *Semanario de Santiago*, *El Mercurio* y *La Gaceta del Comercio*.⁶

La correspondencia de 1834 entre Varela y Gutiérrez no constituye, sin embargo, el primer caso de enfrentamiento entre clásicos y románticos. El 14 de septiembre de 1832, Echeverría publica un librito en verso, *Elvira o la novia del Plata*, al que Félix Weinberg califica como “la primera manifestación romántica en la poética argentina” (2006: 34). En la prensa aparecen varios comentarios sobre la obra. Un artículo de Miguel Valencia, publicado en *El Telégrafo del Comercio*,⁷ presenta el libro, y le cuestiona la desobediencia de las reglas del arte. A los pocos días, aparece otro comentario en *The British Packet and Argentine News*, cuyo autor es Thomas George Love.⁸ *El Lucero*, por su parte, publica un artículo de Pedro de Angelis, en respuesta al texto de Valencia,⁹ quien a su vez le responde en *El Telégrafo del Comercio* al día siguiente.¹⁰ De Angelis se ubica en este intercambio, curiosamente, del bando opuesto al clasicismo. Finalmente, Echeverría da a la luz una sátira en versos, que circula en copias manuscritas, donde critica a “Los periodistas argentinos” (35-38). Weinberg —quien recoge en el “Apéndice documental” de su libro sobre Echeverría todos los artículos de la polémica (2006: 299-305)— llama al episodio “querrela por cuestiones literarias” y afirma que “puso por primera vez en el tapete en Buenos Aires la cuestión de las formas expresivas del romanticismo” y que abrió “el debate sobre el romanticismo en ocasión de su presencia inaugural en nuestro país” (38).

⁶ Norberto Pinilla ha estudiado esta polémica y ha recogido los distintos artículos en su libro *La polémica del romanticismo en 1842. V. F. López – D. F. Sarmiento – S. Sanfuentes* (1943).

⁷ *El Telégrafo del Comercio*, núm. 124, 13 de septiembre de 1832.

⁸ *The British Packet*, núm. 318, 22 de septiembre de 1832.

⁹ *El Lucero*, núm. 882, 4 de octubre de 1832.

¹⁰ *El Telégrafo del Comercio*, núm. 143, 5 de octubre de 1832.

A Emilio Carilla, por su parte, parece no interesarle de modo particular establecer cuál fue la primera polémica, aunque le dedica al tema varias páginas. En un capítulo del libro *El romanticismo en la América hispánica*, titulado “Doctrinas y polémicas”, incluye un apartado específico sobre “Las polémicas del romanticismo”. A pesar de otorgarle importancia al asunto, el crítico comienza su exposición con una actitud escéptica que lo lleva a preguntarse si “puede hablarse de polémicas, de debates sobre el romanticismo en Hispanoamérica” (1967: 134). La respuesta es bastante desalentadora. Carilla niega que la polémica sea “lo común”: “lo normal es la introducción lenta, la aceptación entusiasta, la falta de oposición” (135).

Carlos A. Loprete, en su historia esencial de la literatura argentina, dedica apenas un párrafo a esbozar las polémicas que despertó el romanticismo en Hispanoamérica, y menciona allí algunos capítulos de esta querrela y sus tópicos principales. Sobre la introducción del romanticismo en estas latitudes, afirma que “no fue aceptado sin luchas y polémicas” (2008: 80). Loprete insinúa incluso la semejanza entre los enfrentamientos locales y los europeos, si bien no ahonda en la cuestión: “Las hubo [las polémicas] entre clasicistas y románticos en este continente, como las hubo también en Europa, sobre todo en Francia (la batalla de *Hernani*) y en España” (80). Su postura, como vemos, contrasta radicalmente con la de Carilla. Coincidimos en algún aspecto con la afirmación de Loprete. De todos modos, si bien somos conscientes de que las polémicas locales son una suerte de eco de las europeas —con matices propios, naturalmente—, nos resulta peligroso plantear una asimilación absoluta entre ambos fenómenos, sobre todo en cuanto a su intensidad. En este sentido, basta recordar las evocaciones de Pierre Jules Théophile Gautier sobre el episodio del estreno de *Hernani* para comprender que en la Francia de 1830 las cuestiones estéticas se discutían en otro tono, y que la retórica militar y belicista se aplicaban allí con mucha mayor propiedad. Por lo tanto, coincidimos en este punto con Pablo Rocca, quien sostiene que “La querrela entre neoclásicos y románticos fue tal en esta zona del mundo [Río de la Plata], pero mucho menor que en Europa —a pesar de los traslados a veces mecánicos que propios y ajenos hicieron de este debate” (Correa Chiarotti, 2015: 73). No obstante, debemos reconocer que, pese a la brevedad con que aborda el tema, Loprete distingue grados en las polémicas hispanoamericanas: la de Chile en 1842 entre Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento y otros fue “Una de las más ruidosas”, mientras que “Con menor vehemencia y repercusión pública, en Buenos Aires se había planteado también la cuestión entre los componentes del Salón Literario de Marcos Sastre (1837)” (Loprete, 2008: 80). Con respecto a Montevideo, sólo señala que allí “Revivió la disensión” en 1841, y menciona el Certamen poético de ese año (2008: 80). El ambiente literario

uruguayo de ese momento es presentado por Julio O. Karamán Chapareno de manera más dramática y explícita: los exiliados argentinos “se hallaban divididos en dos facciones literarias antagónicas: la de los neoclásicos [...] y la de los románticos [...], enfrentados en una feroz querrela en la que los poetas uruguayos prácticamente no participaron” (2010: 49). Ángel Rama, a su vez, presenta una visión muy diferente, que suaviza el enfrentamiento al calificar la insurgencia de los jóvenes románticos como “una querrela de familia” —en un sentido literal y figurado—, en la que los jóvenes “no negaron sus valores de sostén [los de sus padres], sino que los complementaron, los modernizaron y les concedieron una más hábil e inteligente acción sobre el conjunto de la sociedad” (1968: 186). Rama, además, incluye a actores uruguayos en esta querrela familiar.

Carilla, por su parte, sólo concede plena legitimidad a las polémicas románticas del extremo sur de América, estrechando aún más el panorama al afirmar que “sobre todo a través de lo que significan escritores argentinos” (1967: 135). Karamán Chapareno, como vimos, coincidiría en este último punto, relativo a la participación excluyente de argentinos en las polémicas. Sin dejar de manifestar sus reservas, Carilla sintetiza y expone aquellas polémicas que no lo serían en un sentido preciso del término. Mediante la aplicación de un criterio geográfico, combinado con otro de orden cronológico, distingue dos “sectores” para clasificar y situar los debates, destacando que en ambos la presencia de escritores argentinos resulta preponderante. Un primer sector se correspondería con la región del Plata, y estaría conformado, en primer lugar, por Buenos Aires en dos momentos: 1834 y 1837; en segundo lugar, por Montevideo en el año 1841 (135). El segundo sector comprendería los debates registrados en la prensa de Chile en 1842, iniciados a partir de la publicación de los artículos de Vicente Fidel López, a los que había hecho referencia Palcos, como vimos. Carilla, en consonancia con su juicio inicial acerca de la legitimidad de los debates románticos, califica a estas controversias chilenas como “las únicas que merecen llamarse polémicas, en el sentido estricto del término” (135).

UNA EDUCANDA DE LONDRES EN BUENOS AIRES (1834)

En función de la delimitación de nuestro objeto de estudio, de la clasificación/periodización de Carilla nos interesa particularmente el sector rioplatense. El primer momento de dicho sector, registrado en Buenos Aires en agosto de 1834, correspondería a un enfrentamiento en torno al estreno de la obra de Victor Ducange, *La Educanda en Londres*, que tiene como escenario dos de los principales periódicos de la época: *La Gaceta Mercantil* y el *Diario de la Tarde*.

Esta pieza de 1830 —cuyo título original es *Le Couvent de Tonnington o La Pensionnaire* y que se presenta al público local como *La Educanda en Londres o El Colegio de Tonnington*— pertenece no sólo a Ducange, sino también a Anicet Bourgeois, dato que parecen desconocer tanto la prensa de la época como la crítica literaria posterior.¹¹

La polémica en cuestión constaría, según Carilla, de dos artículos, uno firmado por “Dos románticos”,¹² que elogia el drama, y otro suscripto por “Dos antirrománticos”,¹³ en respuesta al anterior. En este punto, Carilla parafrasea una afirmación de Raúl H. Castagnino, contenida en un artículo de 1959, quien caracteriza al episodio como “la primera polémica pública que en torno de la nueva corriente registra el periodismo local” (Castagnino, 1959: s/p; Carilla: 136).¹⁴ Cabe señalar que este episodio, así como el año 1834, sólo figuran mencionados en la segunda edición del libro de Carilla (1967). Dada su ausencia en la primera edición (1958), conjeturamos que éste toma como fuente exclusiva del debate el artículo ya mencionado de Castagnino (1959).

La preocupación por arribar al origen de la querrela entre clásicos y románticos, como vemos, está presente en Castagnino. El año 1834 ya había sido señalado por Palcos como un momento clave para el enfrentamiento entre clásicos y románticos locales, con la diferencia de que este crítico aclaraba que se trataba de un choque en la esfera privada (el intercambio epistolar entre Varela y Gutiérrez). Castagnino, por su parte —y, podríamos decir, también Carilla en tanto suscribe su afirmación sin cuestionarla— apunta a la esfera pública, más concretamente al periodismo. No obstante, en el trazado de este panorama diacrónico de las polémicas no debe olvidarse el cruce de opiniones de 1832 ya mencionado en torno a *Elvira* de Echeverría, registrado por Weinberg, que tiene lugar en el ámbito del periodismo. La afirmación de Castagnino, por lo tanto, debería ser revisada.

A pesar de ocuparse de la polémica en torno a *La Educanda*, Carilla la desestima por diversas razones y aclara el motivo de la mención en su libro: “Como, por lo visto, todo se redujo a estas dos notas periodísticas, no creo que corresponda llamarlo polémica. Además, el punto de partida era ínfimo, y las razones blandidas muy elementales. Con todo, puede recordarse por su

¹¹ En uno de los avisos que anuncian su estreno, Antonio González, director de la compañía teatral del Coliseo Provisional, atribuye la pieza sólo a Ducange (*Diario de la Tarde*, núm. 961, 18 de agosto de 1834).

¹² *La Gaceta Mercantil*, núm. 3367, 22 de agosto de 1834.

¹³ *Diario de la Tarde*, núm. 968, 26 de agosto de 1834.

¹⁴ En su libro *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, Castagnino se refiere al episodio en términos semejantes: “la primera polémica que sobre la nueva ideología registra el periodismo local” (1989: 534).

ubicación cronológica” (135-136). Un análisis detenido de estas afirmaciones, revela, en primer lugar, la aplicación del criterio de la extensión para restarle importancia al episodio, que constaría apenas de dos textos. Como habíamos destacado anteriormente, Carilla sigue para el estudio de este episodio un artículo de Castagnino, donde éste menciona sólo dos notas de la polémica, sin afirmar, no obstante, que no existen otras. Carilla no tiene en cuenta, aparentemente, el libro fundamental que Castagnino publica en 1944, *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, fruto de su tesis doctoral defendida en 1942 (Sánchez Garrido, 1989: 13-14). El propio Castagnino menciona este libro en el artículo de *Lyra*, artículo que se deriva, en realidad, de aquella obra —reeditada en 1989— y que sintetiza algunas de las cuestiones desarrolladas allí con mayor amplitud. Castagnino, en efecto, menciona en su libro no dos sino cinco notas periodísticas: dos firmadas por los “Dos románticos”,¹⁵ otras dos por los “Dos antirrománticos”¹⁶ y una por “Los Argentinos” (Castagnino, 1989: 534-538).¹⁷ El registro de Castagnino excedería entonces el número consignado por Carilla.

Un rastreo minucioso, sin embargo, nos permitió extender aún más los límites de la polémica de 1834, al develar la existencia de un nuevo interlocutor, de postura pro-romántica, autor de dos artículos adicionales, omitidos por Castagnino: el primero, publicado sin firma bajo el título “Algunas observaciones, de las muchas a que da lugar un artículo inserto en el *Diario de la Tarde* del martes, y firmado por dos Anti-Románticos”,¹⁸ el segundo, titulado “Análisis del análisis de la pieza titulada la Educanda en Londres, publicada en el *Diario de la Tarde* num. 973”, firmado esta vez por “El autor de las observaciones &c”.¹⁹ El hallazgo de esta evidencia permite captar la polémica en cuestión de un modo más abarcativo y complejo, y revisar ciertas afirmaciones categóricas de la crítica. Cabe recordar, en este sentido, que Castagnino había clausurado la polémica con el último artículo de los “Dos antirrománticos”, publicado el 2 de septiembre de 1834 (1989: 541-542).

Con base en estas consideraciones, podemos afirmar que adolece de arbitrariedad el establecimiento de un número determinado de piezas a partir del cual un debate debe definirse como una polémica en sentido estricto. En el caso concreto del episodio de 1834, su rechazo por parte de la crítica en fun-

¹⁵ Publicadas en *La Gaceta Mercantil*, núm. 3367, del 22 de agosto, y núm. 3373, del 29 de agosto de 1834.

¹⁶ *Diario de la Tarde*, núm. 968, 26 de agosto y núm. 973, 2 de septiembre de 1834.

¹⁷ *Diario de la Tarde*, núm. 975, 4 de septiembre de 1834.

¹⁸ *La Gaceta Mercantil*, núm. 3373, 29 de agosto de 1834.

¹⁹ *La Gaceta Mercantil*, núm. 3380, 9 de septiembre de 1834.

ción de su extensión resulta un acto precipitado, ya que desconoce parte de la evidencia existente. La aplicación de este criterio, entonces, no ofrecería garantías suficientes. En efecto, la determinación de los límites exactos de una polémica y la cantidad de textos que involucra constituye una operación que debería basarse en un rastreo lo más exhaustivo y riguroso posible. Rastreo que se enfrenta, sin embargo, a ciertos obstáculos, tales como la pérdida y el deterioro de buena parte del material (periódicos, cartas). La constatación precisa de cuándo una polémica ha sido clausurada —y, en definitiva, para quienes siguen los parámetros de Carilla, de si se trata o no de una polémica— es una tarea que presenta un alto grado de falibilidad.

Este cuestionamiento, como consecuencia, invalidaría también el criterio del carácter elemental de las razones blandidas en la polémica, aducido por Carilla, quien sólo habría considerado en su evaluación aquellas razones contenidas en los dos únicos textos que él identifica como parte del enfrentamiento de 1834. Por otra parte, ¿en qué se basa el crítico para establecer qué argumentos o razones son elementales y cuáles no? ¿Qué sentido reviste aquí el calificativo “muy elementales”? ¿Cómo medir el grado de sofisticación y complejidad de un argumento? Podemos conjeturar que Carilla se refiere tal vez a que dichas razones repiten y reproducen tópicos o argumentos propios de la querrela europea entre clásicos y románticos, sin profundizar en ellos, afirmación con la que, de todos modos, no estaríamos de acuerdo. Ahora bien, la modalidad particular que reviste el enfrentamiento, las operaciones de reelaboración y apropiación de elementos, las tonalidades propias que adquieren las razones esgrimidas en un contexto diferente (el Río de la Plata) constituyen motivos suficientes para justificar el estudio de esta y de otras polémicas.

Estas apreciaciones valen también, a nuestro entender, para cuestionar el criterio del carácter ínfimo del punto de partida, criterio que —al igual que el analizado antes— descansa sobre una apreciación prejuiciosa. ¿Cuál sería el punto de partida al que apunta Carilla? ¿La representación del drama de Ducange y Bourgeois? ¿La reacción a favor de dicho drama que provoca la representación local en un grupo de espectadores, reacción que incluye el envío de un artículo a la prensa? Nos resulta difícil imaginar, sobre todo si tenemos en cuenta el paradigma de los estudios de la recepción, en qué medida tales hechos pueden considerarse ínfimos.

Christian Plantin analiza una serie de afirmaciones que pretenden caracterizar a la polémica como un tipo de discurso, enmarcadas en una actitud de “banalización de la polémica”, que no logran definirla a partir de categorías o rasgos privativos ni específicos (Plantin, 2016: 76). Una de dichas afirmaciones sostiene que “Las interacciones polémicas forman parte de interacciones argumentativas desarrolladas”, en el sentido de que “suponen[n] [...] la permanencia

de la cuestión, una estabilidad relativa de las posiciones y los argumentarios” (75). La evaluación de las polémicas del romanticismo que realiza Carilla, a nuestro entender, está orientada por una idea semejante. El crítico persigue un modelo arquetípico de polémica, donde los contendientes argumenten de modo sólido y firme, sin posibilidad de modificar o matizar sus posturas.

El juicio de Félix Weinberg sobre la polémica de 1834 difiere significativamente del de Carilla. Si bien menciona breve y casi accidentalmente el episodio, en una nota al pie inserta en su célebre libro sobre el Salón Literario de 1837, lo califica de “interesante polémica entre ‘Dos románticos’ y ‘Dos antirrománticos’ a propósito de la representación de un drama de Víctor Ducange” (Weinberg, 1977: 29).

Por nuestra parte, consideramos que la batalla en torno a *La Educanda* resulta paradigmática por los términos en que se plantea la discusión. Los defensores del clasicismo —que consideran a la pieza un “mamarracho”—²⁰ cuestionan la libertad romántica y la violación de toda norma, embanderados en la defensa del principio de la imitación. Se discute también acerca de la legitimidad de la regla de las tres unidades, sobre la adecuación de dicha regla a la razón y sobre la moralidad del drama romántico —y, como contrapartida, de la tragedia clásica—, entre otros tópicos. En el intercambio se trae a colación a Aristóteles, Horacio y Boileau, citados estos dos últimos por los “anti-románticos” en latín y francés respectivamente. La polémica también reviste interés por los agentes que intervienen, quienes se califican a sí mismos, en su gran mayoría, como inexpertos en cuestiones literarias, y envían sus intervenciones a los periódicos más importantes de la época, en el formato de las cartas de lectores. En el caso de los “anti-románticos”, se percibe, ya desde el calificativo que adoptan para identificarse, esa voluntad de polarización —caracterizada por Amossy como un procedimiento constitutivo de las polémicas—, de separarse claramente de sus adversarios en una actitud abiertamente antagónica.²¹

EL ARDOR DE UN SALÓN Y LA TIBIEZA DE UNA CARTA (1837)

El Salón Literario de 1837 constituye, según Carilla, el segundo momento de las polémicas del romanticismo que tienen lugar en Buenos Aires, dentro del sector rioplatense que delimita el crítico. Carilla se enfoca concretamente

²⁰ *Diario de la Tarde*, núm. 968: 2 y núm. 973: 2.

²¹ Para un estudio más detallado de la polémica, *cf.* nuestro estudio “Un drama polémico en Buenos Aires. Disputas entre clásicos y románticos en torno a la representación de *La Educanda en Londres*” (2016).

en el discurso que Juan María Gutiérrez pronunció en la sesión inaugural del salón, titulado “Fisonomía del saber español; cuál deba ser entre nosotros”. Al respecto afirma que “Aunque no puede hablarse de polémica, este discurso mereció —entre otras respuestas— una carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez (fecha en Montevideo, el 1 de agosto de 1837), testimonio de oposición clasicista, o, mejor, tibiamente clasicista” (Carilla, 1967: 136).

Entre las otras respuestas mencionadas, Carilla cita, en nota al pie, una carta que Florencio Balcarce envía desde París a Félix Frías el 29 de octubre de 1837 (1967: 137). El debate constaría, en principio, de tres textos. Este número es susceptible de ampliarse si consideramos el aporte de Weinberg, quien se refiere a algunas reacciones periodísticas al salón organizado por Marcos Sastre. Se trata concretamente de tres artículos publicados en el *Diario de la Tarde* durante el mes de agosto de 1837, firmados uno por “Un Lechugino” (1977: 62),²² otro por “Un Socio del Salón Literario” (atribuido a Felipe Senillosa) (64-65)²³ y el tercero por “Un Americano Bachiller” (65-66).²⁴ Los dos últimos artículos consisten en una respuesta al discurso pronunciado por Gutiérrez.

Pese a la diversidad de textos involucrados, Carilla, como vimos, no le atribuye al episodio el rango de polémica. Si bien no explicita en esta ocasión los criterios de la exclusión, podemos suponer que ésta se debe, por un lado, a la extensión del debate. Para Carilla, un discurso y dos cartas no hacen una polémica. Por otro lado, la descalificación también podría sustentarse en la ausencia de una firme postura de oposición de la carta de Varela, a la que Carilla califica de “tibiamente clasicista”. En este caso, podemos inferir, estaría operando un criterio de la intensidad de las intervenciones: si la reacción de Varela hubiera sido decidida o categóricamente clasicista, tal vez Carilla hubiera calificado el episodio como polémica. Por nuestra parte, consideramos que sí se trata de una polémica, incluso compleja e interesante de estudiar, en tanto involucra a varios actores y se despliega en distintos frentes, tanto públicos (discursos pronunciados en un salón, artículos periodísticos) como privados (cartas personales). La pretendida tibieza de Varela le añadiría al debate, a nuestro entender, matices y tonalidades originales, que, a lo sumo, lo enriquecerían aún más. Por otra parte, el intercambio de 1837 entre Varela y Gutiérrez podría leerse en articulación con aquella correspondencia que ambos mantienen en agosto de 1834, y que Palcos había calificado como el primer encuentro de la lid entre clásicos y románticos locales. Una postura semejante podría inferirse de las palabras de Adriana Amante, quien habla de “la polémica

²² *Diario de la Tarde*, núm. 1829, 2 de agosto de 1837.

²³ *Diario de la Tarde*, núm. 835, 9 de agosto de 1837.

²⁴ *Diario de la Tarde*, núm. 1852, 31 de agosto de 1837.

mica epistolar sobre el romanticismo que mantienen Juan María Gutiérrez y Florencio Varela” (2003: 503). Desde nuestra perspectiva, los límites entre los intercambios de 1834 y 1837 se tornarían difusos, permitiendo un abordaje de ambos como partes de un fenómeno complejo y macro —la querrela entre clásicos y románticos—, uno de cuyos vectores de análisis podría centrarse en la mutación de las posturas y las opiniones de los contendientes en función de las diferentes circunstancias.

UN CERTAMEN EN MONTEVIDEO Y SUS REPERCUSIONES (1841)

El certamen poético realizado en Montevideo en 1841 para celebrar un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo constituye, para Carilla, el momento uruguayo del sector rioplatense de la polémica del romanticismo. La “Comisión clasificadora de las composiciones” presentadas al certamen —constituida *ad hoc* e integrada por Francisco Araúcho, Cándido Juanicó, Florencio Varela, Manuel Herrera y Obes y Juan A. Gelly— otorgó el primer premio a Juan María Gutiérrez y sendas distinciones a Luis Domínguez y José Mármol. Varela fue el encargado de redactar el dictamen de la comisión, editado y publicado por Juan Bautista Alberdi —con el título de “Informe de la Comisión Clasificadora de las composiciones que han concurrido en el primer certámen poético de Mayo”— en un folleto que incluyó también las piezas seleccionadas, una crónica del acto de entrega de premios (“Narración del acto del 25 en el Coliseo”) y un prólogo (“El editor”).²⁵ En este texto, Alberdi aprovechó para cuestionar los criterios del jurado y discutir algunas ideas sobre literatura plasmadas en el informe. Se permitió, además, rebajar el valor del poema de Domínguez, al señalar, en la crónica de la ceremonia, que la lectura de su composición había recibido apenas un par de aplausos del público, en contraste con la calurosa acogida que le había dispensado a las piezas de Gutiérrez y Mármol (Alberdi, 1886: 79-81).

Como bien señala Carilla, el certamen se recuerda más “por las circunstancias de la celebración y las ulterioridades doctrinales” que “por los frutos estrictamente poéticos” (1967: 137). El informe y la refutación del mismo constituyen esas ulterioridades a las que se refiere el crítico, quien caracteriza el enfrentamiento de la siguiente manera: “Al clasicismo, o, con más exactitud, tendencia conciliatoria de Florencio Varela, Alberdi opuso un neto pensamiento romántico” (138). La actitud de apertura de Varela, ese “espíritu de conciliación” (139), motiva la caracterización de éste por Carilla como “un hombre que

²⁵ El folleto está incluido en la edición de las obras completas de Alberdi (1886).

defendía tibiamente una tradición literaria, con concesiones a lo nuevo”, que se enfrentaba a “un defensor ardoroso, juvenil, identificado con esenciales rasgos románticos” (139). Por lo tanto, concluye el crítico, no hubo “lucha enconada, tal como lo prueba el hecho de haberse reducido al *Informe* de uno y a las *Observaciones* del otro” (139). En este punto, Carilla se permite polemizar con un sector de la crítica contemporánea: “Algunos críticos de nuestro siglo han pretendido magnificar y hasta dar a esta oposición una trascendencia que —en verdad— no tiene. Sobre todo, cuando la presentan, con cierto dramatismo, como un choque nítido entre clásicos y románticos” (138-139).

Carilla menciona entre esos críticos a Alberto Zum Felde, quien caracteriza al certamen como “el momento culminante de ese choque entre las dos épocas literarias” (Zum Felde, 1930: 157; Carilla, 1967: 130) y a Varela como “el más decidido opositor del movimiento romántico, concentrado en Montevideo después del 38” (1967: 139). Curiosamente, Carilla no confronta con Ricardo Rojas, para quien “El índice magistral de las dos escuelas en pugna, apareció ahí [en el certamen de 1841] bien certero” (1957b: 425).²⁶

De modo semejante, José Pereira Rodríguez, en el estudio que precede a la reimpresión del facsímil del folleto editado por Alberdi, destaca la importancia del certamen al considerarlo “un acontecimiento intelectual de trascendencia política y de repercusión literaria” y compararlo con la batalla en torno al célebre drama de Hugo: “Unas horas románticas como las de ‘Hernani’” (1942: 7). Detrás de este concurso literario, afirma Pereira Rodríguez, “se agitaba la ardorosa contienda literaria entre clásicos y románticos” (10).

Arturo Berenguer Carisomo, por su parte, realiza una evaluación del certamen semejante a la de Carilla. Caracteriza al informe de Varela como “unas consideraciones sobre el arte viejo y el arte nuevo sin gran originalidad pero con mesura”, cuyo “meollo estaba en buscar una transacción entre ambas tendencias”, y a la intervención de Alberdi como “una violenta *Refutación*” (Berenguer Carisomo, 1971: 58). Este crítico destaca también la intrascendencia y carácter efímero del episodio, al que dedica sólo un párrafo: “Nada nuevo se dijo entonces, y todo quedó como antes; Varela prefirió no entrar en litigio” (1971: 59). Cabe señalar que la postura de este crítico con respecto a las polémicas en torno al romanticismo es aún más radical que la de Carilla. Berenguer desautoriza categóricamente estos debates, al afirmar que “no tienen ninguna importancia” y calificarlas de “una pelea de mercado” (58). En esta descalificación incluye también a los debates periodísticos registrados en Chile

²⁶ Beatriz Curia afirma que “Los historiadores de nuestra literatura han advertido la trascendencia de la justa poética de 1841” y menciona a Rojas y Rafael Arrieta como testimonios de su afirmación (2002: 44).

en 1842, a los que Carilla consideraba, de modo exclusivo, “verdaderas polémicas” (Carilla, 1967: 139). Berenguer coincide en este punto con Luis Di Filippo, quien sostiene, en el libro que dedica a la querrela chilena, no se trató ni siquiera de una batalla, sino de “una escaramuza [...], la cual, no obstante la pequeña magnitud del episodio, forma parte también de esa gran contienda que los historiadores de la cultura registran con el título de la guerra o la revolución del romanticismo” (1957: 6).

Volviendo al certamen de 1841, podemos constatar que su tratamiento por parte de Carilla guarda estrecha coherencia con el que le había dispensado al capítulo del Salón Literario. Nos reencontramos aquí con los mismos criterios y parámetros para determinar cuándo se está en presencia de una polémica y cuándo no: la intensidad de las intervenciones y convicciones de los contendientes y la extensión del debate. Con respecto al primer punto, Carilla minimiza el episodio basándose en que no se enfrentan dos campeones convencidos que defienden impetuosamente su bando o partido. Frente al ardoroso Alberdi, Varela, una vez más, es caracterizado como tibio. Como ya habíamos afirmado antes, Carilla menosprecia las tensiones, las ambigüedades en las tomas de posición y la intención negociadora, actitudes y rasgos que, a nuestro entender, le confieren mayor riqueza al incidente. El crítico parecería suscribir la categoría de controversias, en la definición ya citada de Dascal, como aquellas polémicas “que ponen en juego una diferencia profunda” (Maingueneau, 56). En tanto Varela opone una “tendencia conciliatoria” al “neto pensamiento romántico” de Alberdi, en términos de Carilla, no habría una divergencia significativa ni, por lo tanto, una polémica genuina.

Con respecto al criterio de la extensión, valen aquí las reservas que planteamos antes. Sólo nos interesa añadir que el incidente no se reduce a un “Informe” y unas “Observaciones”, como afirma Carilla. El folleto editado por Alberdi consta, como se dijo, no sólo del prólogo-refutación del informe —las “observaciones” a las que se refiere Carilla— sino también de una crónica de la organización y celebración del evento. Este documento reviste singular importancia, ya que no se trata de un relato neutro y objetivo. Las críticas planteadas en el prólogo encuentran aquí su correlato. Alberdi aprovecha este espacio para marcar las diferencias entre el criterio del jurado y el del público asistente a la lectura de los poemas premiados. Los aplausos calurosos que habría recibido la composición de Mármol, en contraste con la tibia recepción de la de Domínguez, desautorizan —así lo pretende Alberdi— el juicio de la comisión, quien le había criticado a Mármol “las violaciones del arte mecánico” (es decir, los aspectos relativos a la versificación y al estilo), crítica que es recuperada en la crónica (Alberdi, 1886: 80-81). En este punto, el relato remite directamente a la refutación del informe, donde se plantea un

cuestionamiento explícito de este criterio del jurado. De un modo sutil, Alberdi anota en su crónica que el público no está de acuerdo con las fallas señaladas al poema de Mármol, para ensalzar, en un claro gesto de raigambre romántica, la sanción popular frente al juicio de la academia y del experto. Por lo tanto, consideramos que esta polémica resulta aún más interesante si se focaliza la atención también en el texto de la crónica, que la crítica suele dejar de lado, concentrándose sólo en el informe y su refutación.

Además de los textos que integran el folleto, existen dos cartas de algunos de los actores involucrados, que guardan relación con el episodio y que, por lo tanto, habilitan a extender la polémica más allá de los estrechos límites temporales y materiales que le prescriben Carilla y Berenguer Carisomo. El 31 de agosto de 1846, Mármol —uno de los poetas distinguidos en el certamen— le escribe a Varela, uno de los integrantes del jurado. En esta carta —recuperada y transcrita por Beatriz Curia (2002: 41-43)—, Mármol se explaya sobre el defecto que Varela y la comisión clasificadora le habían señalado a su composición —la rebelión contra “las condiciones de idioma y de forma”—, al tiempo que esboza una justificación.

Tres años antes, el 12 de septiembre de 1843, Luis Domínguez —quien también había sido distinguido en el concurso— le escribe a Félix Frías, quien reside en Bolivia.²⁷ Además de transmitirle noticias sobre la situación de Montevideo, asediada por las tropas del Manuel Oribe, Domínguez le cuenta a su amigo pormenores sobre su relación con Alberdi y el juicio que éste le merece. El remitente de la carta acusa a Alberdi, entre otras cosas, de haber “martirizado” su “reputación de poeta” (Rodríguez, 1922: 455), y critica en concreto el relato que éste hizo del certamen de 1841, donde “figuró hechos, y quiso santificar el juicio del pueblo que aplaudió mucho más la composición de Mármol que la mía” (1922: 455). La carta, como vemos, remite de manera directa a la crónica del evento realizada por Alberdi. No entabla, claro está, un diálogo ni con los miembros del jurado ni con el editor del informe, sino con un tercero, un amigo en común, al que pide discreción: “*esta carta es para ti solo en ciertas cosas*” (1922: 459).²⁸ No obstante, el texto podría inscribirse en el marco de la polémica de 1841, dado que constituye la respuesta de Domínguez a las críticas que le dirigiera Alberdi.

Podríamos mencionar, además, “tres cartas íntimas relacionadas con aquel acto” de entrega de distinciones del certamen, recogidas por la Acade-

²⁷ Esta carta es recogida por Gregorio F. Rodríguez en su *Contribución histórica y documental* (1922). Curia sostiene que esta carta, a la que accede a través de la *Historia de la literatura argentina* de Rafael Arrieta, “deja ver con claridad celos y rencillas personales” (Curia, 2002: 43).

²⁸ Las cursivas pertenecen al original.

mía Argentina de Letras en uno de sus boletines (1960: 126). Una de estas epístolas es dirigida por Mármol a su hermana Juana el 31 de mayo de 1841, para contarle, lleno de indisimulado orgullo, el desarrollo del acto de entrega de distinciones.²⁹ Las dos cartas restantes tienen al poeta como destinatario, y son remitidas una por José Tomás Guido (sin mención de fecha) y la otra por el padre de éste, Tomás Guido (el 13 de junio de 1841), para transmitirle sus felicitaciones por la distinción obtenida. Si bien estos textos no revestirían el carácter de intervenciones polémicas, podrían vincularse lateralmente al episodio, en la medida en que se refieren al certamen de 1841 e involucran a uno de los poetas laureados. Se trataría entonces, podríamos decir, de textos satélites de la polémica, que aportarían información sobre el episodio, sin intervenir directamente.

EN LOS BORRASCOSOS MARES DE LA POLÉMICA (1840)

El certamen de 1841 es el único episodio montevideano al que Carilla confiere (relativa) importancia. No obstante, apenas un año antes había tenido lugar un enfrentamiento periodístico en torno al romanticismo, que reviste singular importancia. Entre fines de febrero y principios de marzo de 1840, se reproduce por entregas en *El Correo* de Montevideo —a cargo de Bernabé Guerrero Torres y de José y Luis Domínguez— el artículo de Ramón de Mesonero Romanos titulado “El romanticismo y los románticos”,³⁰ publicado originariamente en el *Semanario Pintoresco Español* el 10 de septiembre de 1837. La reproducción de este artículo —una sátira contra los excesos y extravagancias del romanticismo como moda cultural y literaria— provoca en el escenario uruguayo la reacción del semanario *El Corsario*, bajo la dirección de Alberdi. El 15 de marzo de 1840 se publica en sus páginas un artículo donde se acusa a *El Correo* de adhesión al clasicismo. Un trabajo de recopilación llevado a cabo hace unos años nos permitió reconstruir esta polémica, que consta de aproximadamente quince artículos, aparecidos en los periódicos mencionados y en *El Nacional* de Montevideo, que interviene fugazmente en el debate.³¹

A nuestro entender, esta polémica ha sido injustamente soslayada por la crítica. Carilla no la registra, a pesar de su extensión, especificidad y carácter

²⁹ Beatriz Curia, en el artículo citado, menciona y cita brevemente esta carta (2002: 48).

³⁰ *El Correo*, núm. 21, 27 de febrero de 1840; núm. 22, 28 de febrero de 1840; núm. 23, 29 de febrero de 1840 y núm. 24, 4 de marzo de 1840.

³¹ Para un estudio detallado de este incidente, véase nuestro libro ¿“Guerra de los diarios” o “rencillas de escuela”? *Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840* (2012), que reúne además los artículos que integran la polémica.

virulento. Suponemos que, de haberla conocido, la habría mencionado para descalificarla a continuación, debido a que los argumentos esgrimidos resultan, en muchos casos, ambiguos y tibios. Como muestra, basta la afirmación pronunciada en uno de los artículos de *El Correo*, en el calor del debate: “no somos clásicos ni románticos” (Martino, 2012: 88).³² Rojas, por su parte, tampoco tiene en cuenta la polémica en su monumental obra sobre la literatura argentina. Hernán Pas, más recientemente, le dedica algunas páginas de su tesis doctoral y, enfocándose sólo en los artículos de *El Corsario*, destaca la importancia del enfrentamiento, en tanto “muestra una mayor apertura en la discusión ideológica sobre el romanticismo” (2010: 192).

El incidente presenta rasgos dignos de atención por el modo en que se articula la discusión y las cuestiones que se involucran en la misma, así como por sus tonalidades y los posicionamientos complejos adoptados por los distintos agentes. Tras la publicación del artículo de Mesonero Romanos, “Unos Jóvenes” envían a *El Correo* una carta para cuestionar el ataque al romanticismo por parte del escritor español. El diario decide publicar la carta, acompañándola de una nota introductoria,³³ donde declaran sus simpatías por la escuela romántica y se pronuncian contra toda imitación servil y contra todo sistema, en clara alusión al clasicismo. Por su parte, *El Corsario* también reacciona ante la reproducción de la sátira de Mesonero, con un artículo donde Alberdi manifiesta que “no tenemos el honor de ser románticos” (Martino, 2012: 78).³⁴ No obstante, se siente ofendido por el ataque expresado en el texto de Mesonero y, sobre todo, por el gesto de reproducción del mismo por parte de *El Correo*, sin que éste aclarara que tal reproducción no significaba necesariamente adhesión al clasicismo. El redactor de *El Corsario*, entonces, esboza una crítica del “caduco sistema de Boileau” (2012: 79), donde ofrece una imagen del romanticismo como una fase necesaria pero que debe ser superada en la evolución de los pueblos, sin dejar de señalar su carácter hegemónico.

Los redactores de *El Correo*, en respuesta a la acusación de Alberdi, enfatizan nuevamente su cercanía con el romanticismo, y aclaran que no fue su intención reeditar la escuela clásica.³⁵ El debate se enriquece con la participación de un nuevo interlocutor, cuyas intervenciones se publican en la sección “Correspondencias”,³⁶ y tras cuya máscara se sospecha la presencia

³² *El Correo*, núm. 35, 20 de marzo de 1840. Las citas de los artículos de esta polémica se harán a través de nuestra edición (2012). Hemos optado en el presente trabajo por modernizar la ortografía de los pasajes citados.

³³ *El Correo*, núm. 28, 12 de marzo de 1840.

³⁴ *El Corsario*, 15 de marzo de 1840.

³⁵ *El Correo*, núm. 33, 18 de marzo de 1840.

³⁶ *El Correo*, núm. 35, 20 de marzo; núm. 36, 21 de marzo y núm. 39, 26 de marzo de 1840.

de los editores de este diario. Este “corresponsal”, tal como lo denominará *El Corsario* al responderle, apela a un sujeto plural para declarar su neutralidad estética: “no somos clásicos ni románticos” (2012: 88).³⁷

Pese a estas declaraciones y a las aclaraciones y justificaciones que realizan los editores de *El Correo*, desde las páginas de *El Corsario* se los continúa atacando, en una clara estrategia de construcción dicotómica del adversario como el enemigo irreconciliable, estrategia señalada, como vimos, por Amossy. Por otra parte, en uno de sus artículos Alberdi denuncia que el corresponsal anónimo “adultera nuestras palabras: [...] tomándonos de aquí una palabra, de allá otra, compone una frase arreglada a su plan de ataque” (95).³⁸ Esta operación, si le creemos a *El Corsario*, se corresponde con la construcción de la polémica en tanto “discurso que hace oír su dirección”, como la define Dominique Garand, es decir, un discurso que integra al otro para rechazarlo y “Sólo permite que subsista y domine un único sentido” (citado en Montero, 2016: 11). *El Corsario*, al hacer oídos sordos a las aclaraciones de *El Correo*, también implementaría una estrategia semejante.

Este enfrentamiento reviste, además, otro aspecto digno de mención. En una de sus intervenciones,³⁹ *El Corsario* anuncia que considera concluida la polémica, y que, por lo tanto, no publicarán otras respuestas sobre el tema, promesa que, vale decirlo, no cumple. Uno de los motivos que aduce es la intención de no agotar “la paciencia del público, demasiado serio para gozarse de rencillas de escuela” (Martino, 2012: 95). *El Correo* también parece arrepentido y hace un *mea culpa*, si bien a través de la voz del “corresponsal”: “y volveremos a suplicar al que nos haga el honor de leernos nos disimule si otra vez le hemos importunado” (2012: 99).⁴⁰ Los dos periódicos implicados en la polémica se sienten forzados, en determinado momento, a aludir al público, que según afirma Rita De Grandis, “completa el horizonte de lo polémico” (1993: 48). Su inclusión no carece de importancia, ya que, según Garand, “Al lector se le atribuye el rol de juez, apelándose de este modo a su sentido común, a su razón, y a su sistema de valores” (citado en De Grandis, 1993: 48).

Por otra parte, el guiño al lector presente en el artículo citado de *El Corsario* se integra en una estrategia de minimización de la importancia de la polémica: debatir sobre la legitimidad del romanticismo y del clasicismo es, de repente, una cuestión menor, simples “rencillas de escuela” que carecen de interés para el lector común. Se trata de un gesto de condescendencia, naturalmente, pero

³⁷ *El Correo*, núm. 35, 20 de marzo de 1840.

³⁸ *El Corsario*, 22 de marzo de 1840.

³⁹ *El Corsario*, 22 de marzo de 1840.

⁴⁰ *El Correo*, núm. 39, 26 de marzo de 1840.

que permite atisbar una representación de las polémicas literarias del momento, expuesta por uno de sus protagonistas.

Como último testimonio del valor que reviste el enfrentamiento analizado, nos parece necesario mencionar las vinculaciones que establece con otros incidentes. En primer lugar, podemos conjeturar, el choque entre *El Correo* y *El Corsario* se articula de un modo implícito con la reproducción del artículo “De lo que hoy se llama romanticismo”, de Alberto Lista,⁴¹ el 20 de junio de 1840 por parte de *El Nacional*. El texto consiste en una descalificación del drama romántico o moderno, por considerarlo opuesto a los sentimientos y costumbres de una sociedad monárquica y cristiana y por exagerar en su presentación de los vicios y delitos humanos. La reproducción de este ensayo, con sus ataques a la tradición revolucionaria y su defensa de la monarquía, en un diario liberal como *El Nacional*, en lucha declarada contra el régimen “tiránico” del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, puede causar sorpresa. Tal vez para evitar malentendidos e interpretaciones erróneas, José Rivera Indarte, uno de los editores responsables del diario en ese momento, acompaña el artículo de una nota aclaratoria al pie. Cabe recordar que *El Nacional* no implementa una estrategia semejante cuando reproduce, el mes anterior, el artículo “Moralidad del romanticismo”, de Fernando de la Vera.⁴² La razón resulta obvia: la redacción concuerda con las ideas expresadas por De la Vera, reivindicatorias del romanticismo. No se hace necesaria, por lo tanto, ninguna explicación. El caso del artículo de Lista es diferente. En la nota al pie mencionada, Rivera se justifica por la reproducción del texto, aduciendo el eclecticismo del diario tanto en política como en literatura. No obstante, el redactor se inclina hacia una postura pro-romántica. Si bien le reconoce méritos formales al artículo de Lista, lo descalifica al vincularlo al clasicismo, al que denomina “un sistema que muere”, sistema cuyos cultores, a pesar de sus méritos innegables, no “pueden ser los favoritos” de la época actual.⁴³ Rivera descarta, además, las acusaciones de inmoralidad dirigidas por Lista al romanticismo.

En esta suerte de brevísima polémica, el texto de Lista —que constituye el punto de partida— y su respuesta dialogan en el mismo espacio. La intervención de Rivera Indarte, podemos conjeturar, tendría un doble propósito: por un

⁴¹ *El Nacional* (época segunda), núm. 468, 20 de junio de 1840. El artículo había aparecido originalmente en el periódico gaditano *El Tiempo* los días 17 y 18 de marzo de 1839. En un trabajo anterior, “Clasicismo y romanticismo. Indicios de una polémica europea en el Río de la Plata” (2014), nos ocupamos de algunos artículos de la prensa española reproducidos en diarios rioplatenses.

⁴² *El Nacional* (época segunda), núm. 447, 23 de mayo de 1840. El artículo se publica originalmente en la revista madrileña *No me olvides*, núm. 6, el 11 de junio de 1837.

⁴³ *El Nacional* (época segunda), núm. 468, 20 de junio de 1840: 1.

lado, plantear sus diferencias con respecto al artículo español para evitar así una polémica con el bando romántico, al ser incluido entre las filas clásicas. En segundo lugar, invitar tal vez a la polémica a aquellos clásicos que pudieran haberse sentido aludidos con sus críticas a la postura de Lista.

El primero de estos propósitos —el distanciamiento con respecto al neoclasicismo al dejar en claro que la publicación del texto de Lista no significa su automática afiliación a dicha escuela— se explica perfectamente si consideramos la polémica suscitada entre *El Correo* y *El Corsario*. Como vimos, la ausencia de una aclaración por parte del primero provoca la reacción del segundo, quien le reprocha a su adversario no haber declarado que “su desdén por el romanticismo no significaba su amor por el clasicismo” (Martino, 2012: 81).⁴⁴ Rivera Indarte, prevenido por este episodio ocurrido apenas tres meses atrás, adopta una actitud preventiva que, probablemente, sería el motivo de que no se haya iniciado, hasta donde sabemos, una nueva polémica a partir de este texto. La lectura del gesto de Rivera Indarte, por lo tanto, no puede ser desvinculada del episodio de marzo de 1840.

Por último, conviene recordar los antecedentes de la relación entre Luis Domínguez, uno de los editores de *El Correo*, y Alberdi, redactor de *El Corsario*. Según deja constancia el propio Domínguez en la carta ya citada dirigida a Félix Frías en 1843, desde hacía un tiempo existían algunas diferencias entre ellos. La amistad inicial, en términos del remitente de la misiva, se había deteriorado debido a un incidente particular, sin que hubiera posibilidades de reparación: “Pero constantemente, y solo porque no me plegué ciegamente a sus ideas, cuando destrozaba a rasguños a, imprudentemente, la reputación de Lavalle, [Alberdi] se hizo mi enemigo implacable; y después no ha cesado de dañarme en público y en privado” (Rodríguez, 1922: 455). El enfrentamiento de 1840, podemos suponer, en tanto teatro no sólo de pasiones literarias sino también personales, constituye un testimonio de la enemistad preexistente entre sus actores principales. A su vez, dicho incidente habría contribuido a dañar aún más la relación entre ambos, quienes confluyen nuevamente un año después en un evento literario: el certamen poético de Montevideo. Según denuncia Domínguez, Alberdi, llevado por sus ambiciones personales, habría conseguido ser nombrado editor del informe del concurso,⁴⁵ no sólo para “Rebatir a su modo, el discurso de la Comisión clasificadora, hecho por Varela”, sino también para “Cebarse en mi descrédito, aprovechando hasta la descripción del acto” (1922: 455). Si bien Domínguez no menciona explícitamente la querrela de

⁴⁴ *El Corsario*, 15 de marzo de 1840.

⁴⁵ Según denuncia Domínguez, Alberdi habría obtenido el encargo de editar el folleto gracias a sus contactos con Juan María Gutiérrez (Rodríguez, 1922: 455).

1840, no puede desconocerse, a nuestro juicio, la estrecha vinculación existente entre este episodio y el relacionado con el certamen de 1841.

PALABRAS FINALES

Las polémicas estético-literarias rioplatenses en torno al romanticismo constituyen un objeto tan apasionante como esquivo, cuya valoración se rige en muchos casos por criterios arbitrarios o no suficientemente fundamentados. Las actitudes de menosprecio o descalificación por parte de algunos críticos obedecen en ocasiones a simples errores de cálculo, podríamos decir, en sus operaciones de delimitación de un terreno al que pretenden encerrar en límites precisos, estableciendo hitos o mojones que jalonan la historia literaria, ordenados cronológica y espacialmente.

Como se desprende de nuestra exposición, la comprensión de estas polémicas en términos absolutos y categóricos reviste una serie de peligros que pueden hacer naufragar la empresa antes de salir del puerto. Nuestro abordaje del asunto, por el contrario, está determinado por una perspectiva más dinámica y compleja de los enfrentamientos entre clásicos y románticos en el Río de la Plata. Dicha perspectiva permite visibilizar las actitudes conciliatorias y las negociaciones entre las diferentes posturas, sin que ello signifique negar la existencia de polémicas, en tanto se perciba la voluntad de encontrar o construir un antagonista con el que cruzar las espadas.

Por otra parte, proponemos una categoría flexible, que concibe a las polémicas como interacciones que se conectan y entrelazan, al modo de constelaciones, articuladas entre sí en virtud y función de la Polémica (con mayúsculas) entre clásicos y románticos. Esta perspectiva se pretende más abarcadora, en tanto trasciende la consideración aislada —con el consecuente riesgo de su infravaloración— de una interacción polémica o debate, aparentemente breve o efímero. Al mismo tiempo, nuestra propuesta concibe estas interacciones como constelaciones abiertas, en tanto siempre quedan nuevas estrellas por descubrir en el firmamento.

BIBLIOGRAFÍA

- ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS (1960), “Tres cartas inéditas acerca del certamen poético de Montevideo en 1841”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XXVI. 95: 125-131.
- ALBERDI, Juan Bautista ([1841] 1886), “Certamen poético. Montevideo - 25 de Mayo”, en *Obras completas*. Tomo II. Buenos Aires: La Tribuna Nacional, 51-104.
- AMANTE, Adriana (2003), “Género epistolar y política durante el rosismo”, en SCHVARTZMAN, Julio (dir. del volumen), *La lucha de los lenguajes*, en JITRIK, Noé (dir. de la obra), *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 2. Buenos Aires: Emecé, 487-515.
- AMOSY, Ruth (2016), “Por una retórica del *dissensus*: las funciones de la polémica”, en MONTERO, Ana Soledad (comp. y trad.), *El análisis del discurso polémico: disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires: Prometeo, 25-38.
- BERENGUER CARISOMO, Arturo (1971), *Las corrientes estéticas en la literatura argentina* [Tomo II, *La poesía lírica. Los románticos*]. Buenos Aires: Librería Huemul.
- CARILLA, Emilio ([1958] 1967), *El romanticismo en la América hispánica*. Madrid: Gredos.
- CASTAGNINO, Raúl H. (1959), “El Romanticismo en el teatro porteño (1830-1852)”, *Lyra*, XVII.174-176: s/p.
- ([1944] 1989), *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*. Tomo II. Buenos Aires. Academia Argentina de Letras.
- CORREA CHIAROTTI, Guadalupe (2015), “Neoclásicos y románticos: disputa literaria en el Río de la Plata (1841) y conciliación en la *América poética*”, *Cuadernos Americanos*, 151: 63-77.
- CURIA, Beatriz (2002), “La estética literaria de la generación del 37 en una carta inédita de José Mármol”, *Arrabal*, IV: 41-49.
- DI FILIPPO, Luis (1957), *La gran contienda del Romanticismo. Chilenos y Argentinos disputan en Chile*. Santa Fe: Castelvì.
- GRANDIS, Rita de (1993), *Polémicas y estrategias narrativas en América Latina. José María Arguedas – Mario Vargas Llosa – Rodolfo Walsh – Ricardo Piglia*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- KARAMÁN CHAPARENCO, Julio O. (2010), *De la República de las Letras a la República Oriental del Uruguay. El Neoclasicismo en la formación del estado y el sujeto nacionales*. Vancouver: University of British Columbia. Disponible en: file:///C:/Users/Usuario/Downloads/ubc_2011_spring_chaparenco_julio.pdf.

- KERBRAT-ORECCHIONI, Catherine (2016), “Sarkozy polemista: la ‘descalificación cortés’ del adversario”, en MONTERO, Ana Soledad (comp. y trad.), *El análisis del discurso polémico: disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires: Prometeo, 97-121.
- LOPRETE, Carlos A. (2008), *Literatura esencial de la Argentina (desde sus orígenes hasta nuestros días)*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- MAINGUENEAU, Dominique (2016), “Las dos restricciones de la polémica”, en MONTERO, Ana Soledad (comp. y trad.), *El análisis del discurso polémico: disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires: Prometeo, 55-65.
- MARTINO, Luis Marcelo (2012), ¿“Guerra de los diarios” o “rencillas de escuela”? *Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840. Cuadernos Artesanos de Latina*, 31. Tenerife: Sociedad Latina de Comunicación Social de la Universidad de La Laguna. Disponible en: <http://www.cervantes-virtual.com/obra/guerra-de-los-diarios-o-rencillas-de-escuela--cronica-de-una-polemica-en-la-prensa-uruguaya-de-1840/>
- (2014), “Clasicismo y romanticismo. Indicios de una polémica europea en el Río de la Plata”, *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital. Artes, letras y humanidades*, 5: 201-214.
- (2016), “Un drama polémico en Buenos Aires. Disputas entre clásicos y románticos en torno a la representación de *La Educanda en Londres*”, *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos*, 17: 138-157.
- MOGLIA, Raúl J. y GARCÍA, Miguel O. (1979), *Archivo del doctor Juan María Gutierrez. Epistolario*. Tomo I. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- MONTERO, Ana Soledad (2016), “La polémica y lo polémico. Palabras preliminares”, en MONTERO, Ana Soledad (comp. y trad.), *El análisis del discurso polémico: disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires: Prometeo, 9-22.
- PALCOS, Alberto (1960), *Historia de Echeverría*. Buenos Aires: Emecé.
- PALERMO, Pablo E. (2009), *El Telégrafo Mercantil y una primera polémica argentina*. Buenos Aires: Peña del Libro “Trenti Rocamora”.
- PAS, Hernán F. (2010), *Literatura, prensa periódica y público lector en los procesos de nacionalización de la cultura en Argentina y Chile (1828-1863)*. Tesis doctoral. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://fuentes-memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.356/te.356.pdf>.
- PEREIRA RODRÍGUEZ, José (1942), “Estampa y significación del Certamen Poético de 1841”, *Certamen poético. Montevideo-25 de Mayo de 1841*. Reimpre-

sión textual realizada por la Comisión Municipal de Cultura. Montevideo: Comisión Municipal de Cultura, 7-36.

- PINILLA, Norberto (1943), *La polémica del romanticismo en 1842. V. F. López – D. F. Sarmiento – S. Sanfuentes*. Buenos Aires: Americalee.
- PLANTIN, Christian (2016), “De polemistas a polemizadores”, en MONTERO, Ana Soledad (comp. y trad.), *El análisis del discurso polémico: disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires: Prometeo, 67-81.
- RAMA, Ángel (1968), *El mundo romántico. Enciclopedia uruguaya*, 20. Montevideo: Editores Reunidos-Editorial Arca.
- RODRÍGUEZ, Gregorio F. (1922), *Contribución histórica y documental*. Tomo 3. Buenos Aires: Casa Jacobo Peuser.
- ROJAS, Ricardo (1957a), *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura del Plata*. [“Los proscriptos” I]. Vol. V. Buenos Aires: Kraft.
- (1957b), *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. [“Los proscriptos” II]. Vol. VI. Buenos Aires: Kraft.
- SÁNCHEZ GARRIDO, Amelia (1989), “Noticia”, en CASTAGNINO, Raúl H., *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*. Tomo II. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 11-14.
- WEINBERG, Félix (1977), *El salón literario de 1837. Con escritos de M. Sastre – J. B. Alberdi – J. M. Gutiérrez – E. Echeverría*. Buenos Aires: Librería Hachette.
- (2006), *Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución*. Buenos Aires: Taurus.
- ZUM FELDE, A. (1930), *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Tomo I. Montevideo: Imprenta Nacional Colorada.